

negó á firmar la nota que le presentaron los tres preladados, pero la aceptó. En ella se establecía: primero la institución de los obispos nombrados por el emperador; segundo, que siempre y cuando el Papa dejase de hacerla, transcurridos seis meses, pudiese hacer el metropolitano; tercero, el Papa se demostraba dispuesto á tratar sobre el establecimiento de la paz de la Iglesia.

Orgullosos con su victoria, regresaban al lado del Emperador los tres preladados, contando ya con la recompensa, cuando les alcanza una carta del Papa, haciéndoles saber que la aceptación de su nota no implica sino la aceptación de un proyecto sin carácter alguno definitivo ni oficial. Pío VII se había reprochado su debilidad, y quiso ponerse en regla con su conciencia. Cuando Napoleon se enteró de todo, impuso á los tres preladados el más riguroso silencio sobre todo lo ocurrido. Al Concilio le tocaba ahora hablar. Napoleon no creía que los obispos franceses, belgas, romanos é italianos, que tantas veces le habían probado su servilismo, fueran ahora capaces de independencia alguna.

Abrió el Concilio sus sesiones el día 17 de Junio de 1811, y su primera sesión terminó, como era de rúbrica, con el juramento de adhesión de todos sus preladados al Papa; juramento que pidió el cardenal Fesch, pero que se prestó con tanto brío y tanta exaltación, que Napoleon fué el primero en ver en él otro juramento en el *Fuego de pelota*. No fué poco lo que tuvo que hacerse para convencerle que ni su tío ni el Concilio habían hecho más que cumplir una formalidad venal; su astucia política le hacía adivinar que entre los que habían jurado había quienes habían de sobras levantado su voz para asegurar á Pío VII su adhesión, pero al fin se aquietó mandando al Concilio á los ministros de Cultos de Francia y de Italia, á Bigot de Préameneu y á Marescalchi.

Pero esto no bastó; un mensaje imperial, dirigido al Concilio, y en el que se hablaba de los *sinistros pensamientos* del Papa, le dió á entender claramente para qué se había convocado y qué es lo que de él esperaba su amo. Este mensaje exigía una contestación perentoria, y como al discutirse lo que había de darse, exclamara el obispo de Chambery, Desolle: «¡Cómo! ¡Discutimos un mensaje y no se habla en él de la libertad del Papa! ¡Ah! ¡Corramos todos, si es necesario, á arrojarnos á los piés del emperador para pedirselal!», y el Concilio, frénético de entusiasmo, se puso en pié, dispuesto á ejecutar lo que Desolle había propuesto, Fesch y sus amigos no consiguieron, sin pena, que abandonase el Concilio

la idea de dirigirse á Saint-Cloud, presintiendo la irritación de Napoleon, que no fué menor al enterarse de lo ocurrido, tanto que cometió la grosería de no querer recibir un mensaje, ordenándoles que dentro el plazo perentorio de ocho días resolviera el Concilio la cuestión de la institución de los obispos.

Sobre este punto, poco tuvieron que hacer los partidarios del Papa para convencer á los reunidos de su incompetencia. Sólo un Concilio ecuménico podía resolver la cuestión, puesto que se trataba de innovar en la disciplina de la Iglesia, y esta tesis, sostenida por los obispos de Tournay, Burdeos y Gante, triunfó, á pesar de las réplicas é indirectas de Fesch, Duvoisin y Barral. Cuando Napoleon supo cómo llevaban la cuestión de vencida sus adversarios, presentó al Concilio la nota que se decía haber aceptado el Papa, introduciendo con ella la duda y la indecisión en el Concilio. El mismo obispo de Tournay creyó que puesto que el Papa consentía en la intronización de los obispos por el metropolitano, se podía llegar á una transacción aceptando lo que el emperador proponía, pero mediante la expresa aprobación del Papa, y esto hubo de discutirse el día 10 de Julio de 1811, pero el obispo de Burdeos estuvo tan valiente y enérgico, y tan bien le secundó el obispo de Troyes, que nada se resolvió. La solución imperial era imposible que se arrancase del Concilio, si á éste se le dejaba en libertad. Napoleon lo vió claro, y como no era hombre para detenerse ante la oposición de la clérigalla, —como él decía,—el día 11 de Julio salió un decreto dando por disuelto el Concilio, y otro reservado, que llevó á los calabozos de Vincennes á los obispos de Tournay, Gante y Troyes, tenidos por jefes de la oposición. Ya puesto en este camino de la arbitrariedad, Napoleon había de recorrerlo por entero; Savary, el duque de Rovigo, como él mismo contó en sus *Memorias*, recibió orden de que fijara su atención en los miembros del Concilio, y bajo su presión, que ciertamente no era la del Espíritu Santo,—como dice Lanfrey,—ochenta y cinco preladados, uno tras otro, fueron firmando un decreto que atribuía al metropolitano la institución canónica, si dentro de seis meses el Papa no ejerciera derecho. Este decreto debía someterse al Papa, pero si éste no lo aprobaba, se pasaría adelante con lo decretado por el Concilio. Seguro Savary del triunfo, Napoleon convocó de nuevo el Concilio para el 5 de Agosto de 1811, y en este día se votó el decreto, para eterna vergüenza de los preladados, á quienes Vincennes y Savary dieron más miedo que á los fundadores del cristianismo el Coliseo y Nerón.

Dicho se está que, cuando el Concilio á primeros de Setiembre fué á poner en manos del Papa el decreto de 5 de Agosto, se le ocultó como habían consentido en suscribirlo y votado los miembros del Concilio, con cuya piadosa mentira el pobre anciano viéndose abandonado de todo el mundo, incluso de los que más interés habían de tener en defenderle, dió su aprobación á los decretos del Concilio, haciendo empero, algunas reservas sobre las doctrinas galicanas para tranquilidad de su turbada conciencia.

Napoleon había triunfado, pero aún no estaba contento, la humillación del Papa y de la Iglesia no era todavía completo. Pío VII aún se permitía hacer reservas, así no sólo no contestó á la afectuosa carta en que el Papa le participaba su resolución, sino que resolvió en su día enviar al Consejo de Estado el Breve del Papa para que resolviera sobre las restricciones que contenía contrarias á los principios de la Iglesia galicana. Todo lo dejaba en suspenso para cuando hubiese puesto término á la guerra de Rusia de la cual hablaba ya sin rebozo, pues creía que al regresar victorioso de Moscou no habría en Europa quien no se apresurase á besar humildemente sus plantas, esto creía con tanto más fundamento cuanto que había logrado sin quererlo, que su mayor enemigo, Inglaterra, se viera acometida por un terrible é implacable adversario, por los Estados Unidos, no porque Napoleon hubiese dispuesto así las cosas, sino porque á tal extremo se había llegado á causa de su política comercial, pues habiendo retirado sus decretos sobre los neutrales, los americanos hicieron lo mismo respecto á los que habían dictado contra Francia, y á la vez intimaron á Inglaterra qua hiciera lo mismo amenazándola con la guerra, amenaza que no temía ni creía que se realizara contando como contaba con 195 navíos de línea y más de 200 fragatas, pero la guerra estalló, los americanos invadieron el Canadá sin resultado, los ingleses llegaron hasta Washington teniendo que retroceder, pues la guerra duró hasta el año 1813. En otro lugar y más adelante nos ocuparemos de estos sucesos que ahora de seguirlos nos llevaría demasiado lejos del teatro del mundo.

En Inglaterra habían ocurrido y ocurrían sucesos graves en estos días precursores de la campaña de Rusia. El año 1810 había terminado con la razón del rey Jorge III y el príncipe de Gales fué nombrado Regente del reino. El rey quedó al cuidado de la reina y de un Consejo. Todo el mundo creía que el Regente conocido de antiguo por sus amistades con Fox y demás miembros del partido liberal

iba á llamar á estos al poder, pero aún cuando en efecto se hicieron proposiciones á los whigs, estos pusieron por condición la de la emancipación de los católicos, condición que no pudo aceptar el Regente alegando con ó sin malicia, que habiendo anunciado los médicos para dentro breve plazo el restablecimiento del rey, su padre, no quería que se encontrase resuelta contra su conciencia una cuestión que tantos disgustos le había dado. Continuó, pues, el ministerio tory, en el que entró lord Palmerston como sub-secretario de la guerra.

Al abrirse las Cámaras,—12 de Febrero de 1811,—el Regente, después de dolerse de las circunstancias que le habían obligado á tomar el puesto de su padre, de felicitarle por los triunfos alcanzados por mar y tierra, y de rechazar todo aumento en su lista civil, llamaba la atención de las Cámaras sobre la tremenda crisis industrial y mercantil que entonces sufría Inglaterra y que no tenía igual sino en la que afligía á la sazón á Francia. La causa de la crisis era ciertamente el bloqueo continental, pero Napoleon se equivocaba al alegrarse por sus apuros, porque estos tenían una causa inmediata muy diferente de la que tanto apresaba en Francia en donde se pagaba por una libra de azúcar diez y seis reales, cuando en Londres no se sabía qué hacer con tanto fruto colonial como se había almacenado en sus docks, es decir, que Francia gemía por penuria mientras Inglaterra gemía por abundancia, abundancia tan grande que paralizaba todas las transacciones, produciendo la ruina de los comerciantes que no encontraban mercados para sus frutos.

Además en Inglaterra, la considerable masa de papel moneda de *banknotes* ó billetes de banco que los empréstitos de la guerra había creado, había desequilibrado el mercado monetario produciendo una fuerte alza en el oro y la plata, siendo causa de que no se quisiera recibir el papel sino con un fuerte descuento, lo que produjo tremendas colisiones que tuvieron fin al decretar las Cámaras no sin una fuerte oposición, el curso forzoso de los billetes de banco á la par. En fin, para que se vea cuán diferente era la situación de Inglaterra de la de Francia, diremos que los presupuestos de 1811 presentados por Perceval, acusaban un déficit de doce millones de libras esterlinas, subiendo los gastos á cincuenta y seis millones de libras, figurando una partida de dos millones como subsidio para el Portugal. El déficit hubo de cubrirse con un empréstito que se llevó á cabo como la cosa más natural del mundo, á pesar de tratarse de sesenta millones de duros y de venir este empréstito acumulándose so-

bre otros muchos que habían hecho necesarios casi veinte años consecutivos de guerras.

Otro aspecto de la crisis industrial inglesa no hizo sentir sus efectos hasta el invierno de 1812, habíanse ido introduciendo en la fabricación los maravillosos inventos de Crompton, Arkwright y Watt. A los telares á manos para la fabricación de las telas de algodón iban sucediendo con rapidez las máquinas de tejer y las de vapor arrojando á la calle á miles de obreros y cambiando radicalmente las con-

diciones del trabajo fabril. Los obreros incapaces de comprender que aquella reforma que de momento tanto daño les hacía, era una de las más grandes que se habían hecho para su emancipación y emancipación del trabajo, se lanzaron á la calle atacando á la propiedad y cometiendo mil desmanes que las Cámaras se apresuraron á corregir con mano fuerte, muriendo muchos de aquellos infelices en las calles y en el patíbulo, siendo no pocos los que fueron condenados á la cárcel y á la deportación.



GENERAL RAPP

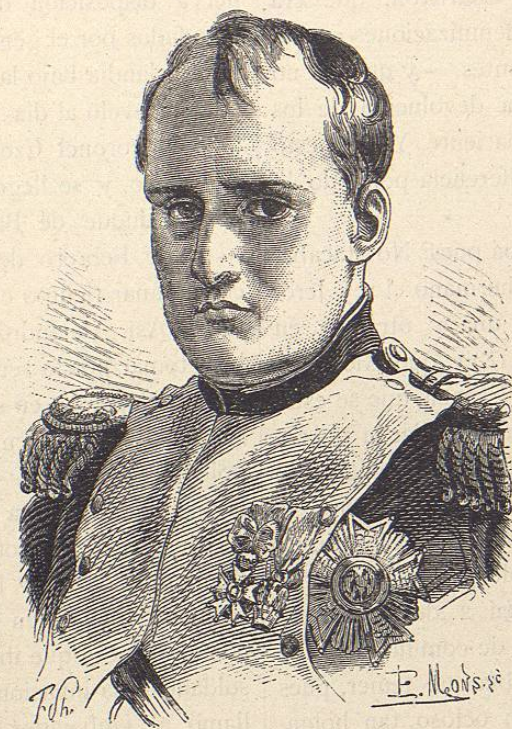
Como se ve por lo dicho, el problema económico en Inglaterra tenía por causas principales la enorme concentración de riquezas en las islas, resultado de haber absorbido Inglaterra el comercio marítimo del mundo, y la gran transformación del trabajo que de manual se convertía en británico. A la primera causa se procuró atender votando el Parlamento nada menos que treinta millones de duros para acudir en socorro de los comerciantes amenazados por la quiebra, lo que quiso también hacer Napoleon á pesar de la oposición de su ministro Mollien quien hubo de advertirle que en Inglaterra el Estado acudía en auxilio de gente rica, mientras que en Francia se acudía en auxilio de gente arruinada, de lo que no tardó en convencerse Napoleon costándole el ensayo ó imitación algunos miles de francos.

No hay también por qué negar que la situación política de Inglaterra agravaba su estado económico, porque la oposición liberal tuvo motivos para convencerse de la que se llamó la defección del Regente. Cuando ya éste, transcurrido el plazo que los médicos habían señalado dentro del cual Jorge III había de recobrar la razón, se entregó al mando efectivo del reino británico, una crisis ministerial surgida por un altercado entre Perceval y Wellesley, hizo que éste se retirase entrando de nuevo en el gobierno Castlereagh. Esta solución irritó á los liberales, y su irritación subió de punto al ser asesinado á los pocos días Perceval por un maniático, pues el Regente ofreció carteras á Wellesley y á Canning, que rehusaron por la misma razón que las rehusaron cuando luégo se ofrecieron á los verdaderos jefes de los whigs lord Grey

y lord Granville, esto es, por reclamar las dos ramas del partido liberal la emancipación de los católicos y la revocación de la ley sobre las incapacidades civiles de Irlanda á causa de las opiniones religiosas. No cabía ya, pues, duda alguna, el Regente se había pasado á los conservadores. Esta convicción es la que explica la exaltación de la oposición que se hizo al gobierno y los ataques que el diputado Burdett dirigió á la misma cámara de los Comunes, que le valieron ser encerrado en la Torre de Lon-

dres, lo que dió por resultado una amenazadora manifestación del pueblo de Londres que por milagro no terminó en sangriento conflicto, y quien sabe lo que hubiera sucedido en este invierno de 1812 que fué de prueba para Inglaterra, si Napoleon no hubiese distraído la atención de sus políticos con su loca y temeraria campaña contra Rusia.

Preparóse Napoleon para ella enviando entera la quinta de 120.000 hombres del año 1811 á los ejér-



NAPOLEON I



itos del Elba, del Rhin y de Italia, de modo que á mediados de Junio de 1811 Davout tenía reunidos en el Elba 200.000 hombres gracias á los contingentes alemanes y polaco, éste de 34.000 hombres, el de Sajonia de 24.000 y de 15.900 el de Westphalia. Además se había organizado en el centro de Francia un cuerpo de reserva para acudir á las necesidades de la guerra en Italia ó en España dado caso que fuera menester, campo que se organizó con los 80.000 mozos que hasta entonces habían escapado del servicio militar y que Napoleon procuró ahora atrapar en su mayor parte por medio de las más crueles medidas, con la creación de columnas volantes llamadas infernales, encargadas de ir á arruinar las familias y los pueblos alejándose por más ó menos tiempo entre ellos.

Cuando Napoleon se sintió fuerte, dejó ya de cubrir sus armamentos con la capa del temido des-

embarco de ingleses en el Báltico, confesando al mismo Kourakine que todo había sido una farsa y que sus armamentos iban dirigidos contra Rusia. Pero Rusia no se inmutó, tenía trazado su plan y formada su resolución de llevarlo á cabo costara lo que costara, y á menos de una satisfacción completa, esto es, de la restitución de sus Estados al duque de Oldenburg ó de una compensación en Polonia, en la parte que había dado Napoleon al rey de Sajonia, no había de dar su brazo á torcer. Con esta resistencia pasiva se dió el traste con la paciencia de Napoleon, quien el día de su santo,—el 15 de Agosto de 1811,—como tres años antes día por día con Metternich, interpeló al embajador ruso Kourakine en presencia de todos sus colegas en el salón del trono cuando la recepción, durando su discurso dos horas mortales, sin que el embajador pudiera responder, por no faltar